TRIBUNA
Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología de la Universidad de Sevilla

CINCUENTA AÑOS DE LA EUROPA UNIDA

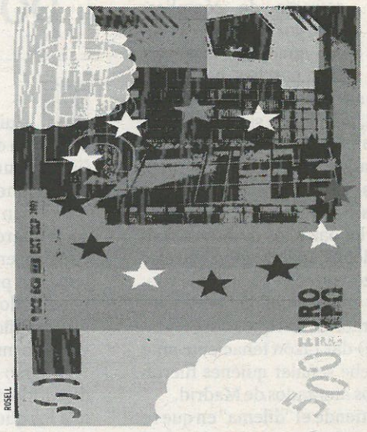
La única Europa política que se está construyendo es aquella en que los políticos, asumiendo el papel de meros gestores del mercado "libre", eliminan los obstáculos a la libertad del dinero

Medio siglo de libre mercado

ESTOS días, con total indiferencia ciudadana, los políticos profesionales y los poderes mediáticos están celebrando los cincuenta años –dicen– de la Unión Europea. Como esta denominación no surge sino hace quince años, en el Tratado de Maastricht, convendría recordar qué es lo que se inició en 1957, con los tratados de Roma. Fue una Comunidad Económica (CEE) y una Comunidad de la Energía Atómica (Euratom). Lo que se proyectó, pues, fue un gran mercado en el que los capitales financieros y las empresas pudieran operar cada vez en competencia más libre, para obtener el máximo beneficio. (Hoy, el caso Delphi, con el cierre de su factoría en Puerto Real, no es sino un buen aunque sangrante ejemplo del éxito del proyecto).

La Europa que se suele denominar política no empezó a construirse, prácticamente, hasta varias décadas después, en 1985, cuando la CEE dio paso a la Comunidad Europea poniendo en marcha un Mercado Único para capitales, mercancías, servicios y personas. Es a partir de aquí, y no mucho antes, cuando se comienzan a dar pasos efectivos en la senda política y –conviene no olvidarlo– en la militar. Pero, más allá de las consideraciones respecto a su génesis, la cuestión fundamental es qué representa hoy la Unión Europea: si, como tantos publicitan, un modelo para el mundo, o, como otros pensamos, uno de los mascarones de proa de la globalización capitalista ultraliberal que agranda las desigualdades y amplia las exclusiones sociales.

Para los defensores de la Europa realmente existente, los valores europeos serían una herencia de la Ilustración –cuando no de la tradición judeo-cristiana– y constituyen lo que podría llamarse la cultura de los derechos humanos. Éstos cimentarían un modelo social y garantista que contrastaría con el norteamericano y con aquellos no centrados en los derechos de las personas. Así, la UE sería actualmente un faro de libertades



en un mundo de violencia fundamentalista y de negación de derechos.

Esta visión no resiste, sin embargo, la prueba de la realidad: ¿En qué país europeo está garantizado el ejercicio de los derechos que teóricamente se proclaman? ¿El trabajo, la vivienda, la salud, la educación, la participación política efectiva, la igualdad de género, la opción sexual, un medio ambiente de calidad, el autogobierno de los pueblos y tantos otros bienes, definidos sobre el papel como derechos, están garantizados para todos? Y no me refiero sólo a la situación de los inmigrantes, a quienes se les niegan jurídicamente por no poseer el estatus de ciudadanos, sino también a las mayorías sociales. Cuando los gobiernos europeos colaboran con la CIA, o miran para otro lado, en los secuestros de personas sospechosas de terrorismo y en los traslados a siniestros limbos de derechos como Guantánamo, ¿se puede mantener la ficción de que somos una isla de libertad?

En realidad, tanto el discurso de los derechos humanos (individuales pero no colectivos) como el de la democracia (entendida restrictivamente como democracia representativa liberal) no son sino coartadas para hacer aceptar lo que se plantea como su condición indispensable e inseparable, cuando es realmente la causa de su imposible ejercicio: el libre mercado. Cuyos valores centrales –y, por tanto, los verdaderos valores europeos– son la competitividad insolidaria, la mayor productividad y beneficios sin importar los costes humanos y ecológicos, y la construcción no sólo de una economía de mercado, sino de una sociedad y una cultura también de mercado.

Dada la primacía absoluta de estos valores, la única Europa política que se está construyendo es aquella en que los políticos, asumiendo el papel de meros gestores del Mercado libre, eliminan los obstáculos legales a la libertad del dinero, destruyendo las defensas y regulaciones existentes y acordando directivas dirigidas a impulsar la competitividad y la productividad del capital. La independencia del Banco Central, las carencias del Parlamento Europeo, que sigue siendo poco más que un parlamento de papel, o la ausencia de los pueblos sin Estado, que apenas tienen otro lugar que un Comité de las Regiones meramente anecdótico, no son sino signos de la subalternidad de la política respecto a instancias e intereses económicos no sujetos a control democrático. La paralización de la mal llamada Constitución, que elaboraron por su cuenta los políticos, indica la profunda crisis de confianza en la Europa que nos están construyendo.

Más que para discursos retóricos, este aniversario debería haber servido para debatir sobre otras Europas posibles en las que se garantice el ejercicio de los derechos, individuales y colectivos, y no el beneficio salvaje de quienes obscenamente presumen de aumentar, de un año al siguiente, sus beneficios en más de un 50%.

LA ESQUINA

José Aguilar

Mera en el jardín

LA diferencia entre hablar en una emisora o escribir en un periódico y testificar ante un tribunal de Justicia la está rumiando desagradablemente en estas horas el eurodiputado popular Agustín Díaz de Mera, que era director general de la Policía en funciones cuando el 11-M. No es igual el alcance de sus palabras en uno y otro caso ni la forma en que pueden justificarse.

Díaz de Mera ha sostenido, en el Parlamento y en una radio, que existía un informe policial sobre las conexiones –presuntas– de ETA con los autores de la masacre, informe que no fue remitido al juez instructor del caso y que habría sido ocultado por el ministro socialista de Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba. Naturalmente, el informe viene a sustentar la teoría de la conspiración del 11-M que predica que el atentado tuvo como objetivo básico conseguir que el PP perdiera las elecciones tres días después.

En llegando a la Audiencia Nacional, el miércoles pasado, el citado ex director general fue conminado por el presidente del tribunal a revelar –aunque fuera por escrito y en secreto– quién le dio a conocer la existencia de dicho informe, y él se negó alegando que no podía poner en peligro a su fuente. Fue multado y también puede ser juzgado por desobediencia.

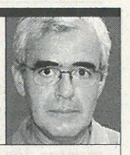
Se ha sentido víctima de un dilema moral, dicen sus amigos, semejante al del periodista que se niega a revelar sus fuentes porque el oficio del periodismo no se podría ejercer en buena medida sin ese secreto. Dejando aparte el hecho de que el secreto profesional de los informadores es cuestionado en caso de delito y tiene límites en muchos países, Díaz de Mera no es un periodista, sino un cargo público obligado moral y jurídicamente a colaborar, con todo lo que sepa, en el esclarecimiento judicial de un atentado con 192 víctimas mortales. Como cualquier ciudadano, pero más que cualquier ciudadano. Es fácil entender que aquí no hay ningún dilema moral, sino una pretensión de escaqueo. (Por otra parte, ¿acaso no sabrían ya los *conspiradores* quiénes elaboraron el cacareado informe como para necesitar que se lo cuenten?).

Esto lo ha entendido perfectamente Mariano Rajoy, que no ha dudado en desautorizar a su militante tirador de piedras y ocultador de manos. Si la *conspiración* denunciada por Mera existió, no le queda más remedio que desvelar todos los datos al tribunal. Si se la inventó, peor. Mera verdad o mera manipulación, Mera se ha metido en un jardín. Todo, por confundir las intrigas permisivas de la política con el camino imperturbable de la Justicia.

→ jaguilar@grupojoly.com

LA CIUDAD Y LOS DÍAS

Carlos Colón



Tierra de San Juan de la Palma

CUANDO se va desde Don Pedro Niño o Amparo a Viejos, y de ésta a Aposentadores para desembocar frente a la ojiva de San Juan de la Palma; cuando se baja por Regina para ver venir desde lejos, como si fuera ella la que avanzara hacia nosotros, la Amargura antigua con manto azul de Juan Manuel que el marqués de Benamejí pintó para que se le pudiera rezar a deshora; cuando se baja desde Dueñas, Gerona o Santa Ángela de la Cruz, en guardia de perpetuo Domingo de Ramos la alta palmera, hasta llegar a la puerta –*"Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista"*– hecha a la medida de la altura del palio de la Amargura y del ancho del barco del Desprecio, hecha por ello a la medida de mi devoción, de mi emoción y de mi memoria; cuando se remonta el río de Esperanza de la calle Feria, tras desembocar en ella desde Hita del Castillo o Castellar, hasta llegar a la ventana del Cristo de los Afligidos, que allí encontró cobijo cuando lo echaron del convento de Regina y a quien tanto, porque tan bien lo comprendían, le rezaban las mujeres del barrio; cuando se toman estos caminos que mañana se llenarán de altos nazarenos blancos con la Cruz de Malta sobre el pecho, se llega

Basta traspasar la ojiva de San Juan de la Palma para saber qué es la Semana Santa de Sevilla

a San Juan de la Palma, se pasa la verja y se traspone la ojiva, no vemos dos pasos espléndidos, sino la Semana Santa. Tal y como la soñamos y nos la enseñaron, tal y como la esculpió la historia y el amor la hizo.

Como cuando mañana vayamos a besar las manos del Señor; como cuando el Viernes Santo por la mañana se nos aparezca la Esperanza en esta misma calle Feria, y esa tarde de corbatas negras y mantillas veamos al Cachorro sobre el calvario de gloria y agonía de su Altozano, así, al entrar en San Juan de la Palma, la voz de nuestros padres, y de los padres de nuestros padres, nos grita por dentro: ¡ésta es la Semana Santa de Sevilla!

Con fino gesto de bailarín de sevillanas boleras enseñado por Pericet, la mano del San Juan sobresale del mantolín señalándole a la Virgen cuál es la tierra y cuál el pueblo de cuyas entrañas y de cuyo corazón nació la Semana Santa. Con la desmesura que el amor ha de tener siempre el sol de la corona hace la profesión de fe de San Juan de la Palma, alumbrando el trágico eclipse del rostro de la Amargura. Y más allá de la plata y los bordados, al fondo, mi indefenso Señor del Silencio. Es cierto: basta traspasar la ojiva para saber qué es la Semana Santa de Sevilla.

Escribió Romero Murube: "Sevilla, cuando yo muera no quiero ser tierra tuya. Aire fino de tus barrios. Soledad de tus clausuras". Yo sí quisiera ser tierra suya; tierra de San Juan la Palma.

→ ccolon@diariodesevilla.es